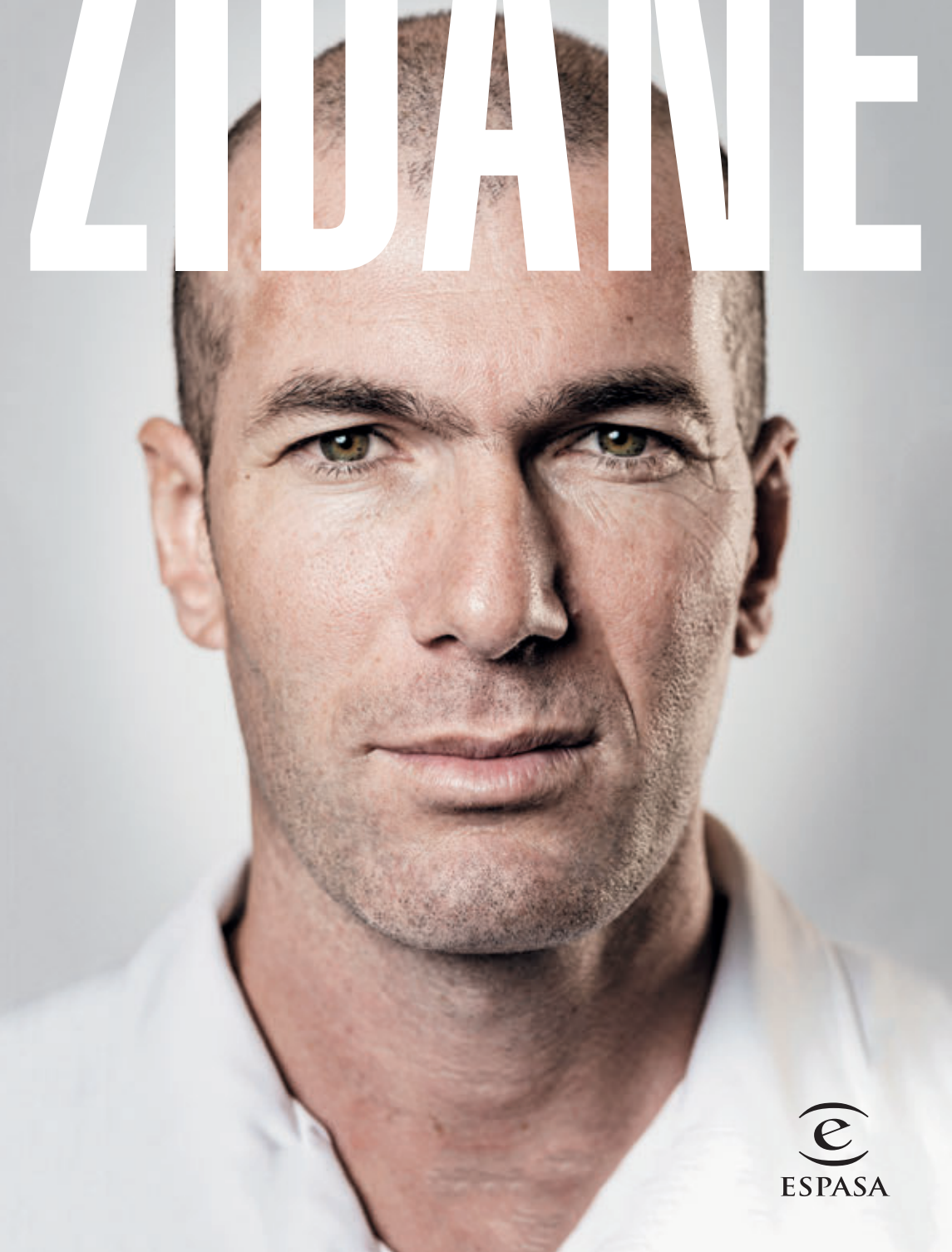


FRÉDÉRIC HERMEL

ZIDANE




ESPASA

FRÉDÉRIC HERMEL

ZIDANE


ESPASA

Título original: *Zidane*

© Flammarion, 2019

© Fabián Chueca por la traducción, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 960-2020

ISBN: 978-84-670-5865-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Rodesa. S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Prefacio. El tiempo ha pasado como por encanto	13
--	----

PRIMERA PARTE

SU FAMILIA Y SU REFUGIO

1. Véronique, el pilar fundamental de su vida	23
2. Zidane y sus hijos	39
3. Smail, el hombre del traje gris	57
4. Yazid, una infancia marselesa	69

SEGUNDA PARTE

EL ARTISTA Y EL GUERRERO

5. Un jugador tocado por la gracia	87
6. 2001-2002, la temporada bisagra	107
7. El entrenador inesperado	127
8. En el banquillo del éxito	143
9. El uniforme azul	159

ÍNDICE

TERCERA PARTE SUS SOLEDADES Y SUS ENFADOS

10. La soledad del intocable	177
11. La soledad del entrenador	191
12. Una personalidad explosiva	203

CUARTA PARTE HOMBRE MÍSTICO, HOMBRE PÚBLICO

13. Su buena estrella	219
14. Una obra de arte	233
15. El dinero en su sitio	247
16. Tan francés	259
Epílogo. El futuro y la huella	271
Agradecimientos	277

1

VÉRONIQUE, EL PILAR FUNDAMENTAL DE SU VIDA

Fue el encuentro de dos movimientos en devenir. El movimiento armonioso de la bailarina, el movimiento menos sutil del futbolista.

Dos cuerpos preparados al servicio de una pasión, de un arte de vivir, de un firme deseo. Dos jóvenes alejados de sus padres para hacer realidad un sueño que se descubren en Cannes, la ciudad del oropel del Festival y del cine.

La luz no abandonará nunca más a esta pareja cuyas miradas se cruzaron por primera vez en 1989 en la cafetería de la residencia de jóvenes trabajadores donde los dos vivían. Véronique tenía dieciocho años y seguía clases de danza en la escuela Rosella Hightower. Zinedine tenía diecisiete y se preparaba en el centro de formación de la AS Cannes.

—Cuando la conocí, me habría tirado desde lo alto de un edificio. Por ella, para que me amase...

Zizou me hizo esta confesión en 2006, cuando se perfilaba el final de su carrera de futbolista profesional. Estábamos sentados en una sala de blancura aséptica de la flamante Ciudad Deportiva del Real Madrid, en Valdebebas. ¿Cómo habíamos

acabado hablando de amor? La verdad es que ya no me acuerdo. Es posible que yo le hubiera contado mi último fracaso en la conquista de una bella pero distante periodista y de mi gusto cada día más pronunciado por la soledad, el celibato y la ausencia de responsabilidades familiares.

—¡Claro que no, no es demasiado tarde para tener hijos! —me dice.

Zidane, padre de cuatro chicos, me anima con una sonrisa de complicidad teñida de amable burla. Él comenzaba ya hacer el balance de su vida como deportista de alto nivel. ¿Cómo separar este inmenso triunfo global, que tocará a su fin en julio con el Mundial en Alemania, del destino de la mujer que se ha sacrificado por él? Sin Véronique, Zidane nunca habría sido Zidane. Cualquiera que haya frecuentado mínimamente a la estrella es consciente de ello. Había sido esencial para el jugador, y lo será más tarde para el entrenador.

—Sí, me habría tirado desde lo alto de un edificio...

Zinédine suspira al repetir esas palabras con una convicción increíble. Él, que quería subir a lo más alto, con el balón en el pie, habría podido bajar bruscamente precipitándose en el vacío. Por esa morena sublime cuya timidez toma a menudo la apariencia de ligera frialdad. Los ojos verdes del no menos tímido cabileño habrían causado estragos entre las niñas monas de Cannes, pero fue Véronique, la andaluza de Rodez, la que le hizo sucumbir de amor.

La boda se celebró el 28 de mayo de 1994 en el ayuntamiento de Burdeos, la ciudad del Girondins, el club en el que Zidane comenzaba por entonces a ser «Zizou». El primero en bautizarlo así fue su entrenador, el impetuoso y entrañable Rolland

Courbis. El apodo permanecerá mientras el talento no dejará de crecer.

Burdeos descubrió a un futbolista inmenso y Véronique asumió el papel de esposa y pronto el de madre. La dedicación y la fe en su hombre eran tales que dejó a un lado sus sueños en el mundo de la danza. Ella también poseía talento, también merecía triunfar en su arte después de haber dejado la universidad y sus estudios de biología. Y sin embargo lo sacrificó todo a sabiendas por un destino que a su juicio era superior. Para seguir a Zinedine, para apoyarle, para aconsejarle, para amarlo. ¿Y si era Véronique quien, a fin de cuentas, se había tirado desde lo alto de un edificio? «¡De haber sabido que llegaría a ser tan famoso, quizá no me habría casado con él!», confiará a los escasos correveidiles que tendrán la suerte de contactar con ella. Jugosa paradoja esta reflexión de *madame* Zidane, porque le acompañará intensamente en su camino a la gloria. Porque será la artífice de ese equilibrio humano y familiar que permitirá al campeón traducir en hazañas y trofeos sus condiciones fuera de lo común. Véronique ha gestionado todas esas cosas que contaminan y molestan el espíritu de los competidores, ha moldeado ese entorno en el que el don innato de su marido ha podido realizarse.

Mi primer contacto con ella tuvo lugar en julio de 2001 en la antigua Ciudad Deportiva del Real Madrid, unas instalaciones entonces vetustas que después dieron paso a cuatro altísimas torres. La que hoy alberga uno de los hoteles más lujosos de la capital española recibe, de manera no oficial, el nombre de Zidane. Recuerdo de la huella que allí dejaron sus botas de tacos.

Es el presidente del Real Madrid quien se deleita rebautizando los cuatro edificios ante cada nuevo visitante. Desde los

ventanales de su despacho, Florentino Pérez cuenta el mismo número de torres como de jugadores «galácticos» que ha fichado para su club: «Figo, Zidane, Ronaldo, Beckham». El presidente ejecutivo del número uno mundial del sector de la construcción y obras públicas se complace en desarrollar la metáfora de hormigón, en reunir en el pensamiento sus dos pasiones, la construcción y el fútbol.

Ese día de julio de 2001, pues, estoy esperando al nuevo fichaje del club madrileño, al jugador más caro de la historia y campeón del mundo francés. En aquel momento no existía ninguna barrera física entre los periodistas y los integrantes del equipo. Era habitual pasar el tiempo al lado de los vehículos de las estrellas hasta que salían del vestuario. Y allí veo a una guapa morena sentada en un coche con matrícula italiana. Viene de Turín, así que es Véronique Zidane. Observo su perfil recto, sus rasgos tan finos, su piel lisa, y adivino sus ojos negros que no tardarán en mirarme con dureza. Profundos. No soy de los que se pasan adulando, pero desde muy pequeño me enseñaron a saludar a la gente. Golpeo discretamente. La mujer de Zizou se sobresalta y baja el cristal de la ventanilla:

—Buenos días, Véronique, soy corresponsal de la prensa francesa. Vivo en Madrid desde hace tiempo y sólo quería darle la bienvenida a España.

—Gracias. Adiós.

Y el mecanismo eléctrico hizo subir el cristal tan rápido como había bajado antes de que pudiera articular más palabras. Mala suerte. Acababan de hacerme una cobra de dimensiones históricas, adornada con una sonrisa más que forzada. A mí, que lo único que pretendía era ser amable. No tardaría en compren-

der la desconfianza de Véronique hacia los medios de comunicación y su necesidad casi vital de protegerse contra esos intrusos a veces malintencionados. Aquel primer episodio había imprimido en mí una pésima imagen de la esposa del hombre sobre el cual me disponía a escribir páginas y páginas, a desgañarme en las ondas relatando cada una de sus hazañas. Pero, afortunadamente, encuentros posteriores, en situaciones y lugares menos expuestos, me harían cambiar de opinión.

Aquel desembarco en Madrid era un regalo para Véronique. Uno de los mejores que Zizou podía ofrecer a la mujer a la que ama. Después de cinco años en Turín, donde el jugador defendió la camiseta de la Juventus, estaba cansada de la bruma y de la frialdad de la ciudad italiana. Anhelaba el sol, la suavidad del país de sus antepasados. Le gustaba hablar en español, deseaba pronunciar con fuerza esas «erres» todos los días.

Un año antes, en una cena oficial organizada por la UEFA, Florentino Pérez había pasado una servilleta de papel a Zidane, sentado al otro lado de la mesa. El gran jefe del famoso club español había escrito en francés en ese pergamino improvisado un mensaje que no podía ser más directo: «¿Quieres jugar en el Real Madrid?». Zinedine respondió de inmediato en el mismo papel: «Yes!». Y a la vista de todo el mundo. Para Véronique, la ocasión era preciosa. Ni se le pasó por la cabeza que su esposo pudiera dejarla escapar. Por amor, pero también por el brillante desafío deportivo que ese traspaso representaba, Zizou aceptó. *¡Arrivederci Torino, hola Madrid!* La nueva vida estaba en marcha.

En la capital del Reino de España, *madame* Zidane no jugará nunca a las princesas y apostará por la discreción y la sencillez. Comodidad, sí; lujo ostentoso, no. Véronique no tiene nada

en común con Victoria Beckham, la esposa del colega y amigo de su marido en el equipo madridista. La que fuera cantante del grupo musical británico Spice Girls, conocida en los medios británicos como la Spice «*Posh*» (la «*Pija*»), se quejará a menudo del carácter extravertido de los españoles, de los horarios tardíos y del ruido que marca el ritmo de la existencia de la gran ciudad castellana. «¡Madrid huele a ajo!», añadirá también regularmente a sus quejas la cantante británica, esposa del sin embargo tan simpático David. La señora Beckham hace que se abran ex profeso el domingo tiendas de lujo en el madrileño barrio de Salamanca, la señora Beckham se pule cientos de miles de euros en dos horas de compras y se las arregla para que se sepa. Hace que se conozcan sus desplazamientos para asegurarse de que los *paparazzi* acuden a la cita, al mismo tiempo que se lamenta de que ya no puede vivir tranquila. «*¡Let me alone, por favor!*», suspirará tantas veces, con las gafas de sol clavadas en su rostro.

A *madame* Zidane también le gustan las cosas bellas, pero *madame* Zidane prefiere el anonimato y el decoro. Y no necesita esconder los ojos detrás de unas gafas de Gucci. Al igual que su marido, sabe de dónde viene. Así que las salidas a restaurantes, que la familia aprecia de forma especial, se hacen con la mayor discreción posible y con la reserva a nombre de «Verónica Fernández». Unas veces un pequeño italiano, otras un argentino famoso por su buena carne a la parrilla, otras un vegetariano, Véronique teje para los suyos una red de lugares privilegiados donde la vida privada parece más o menos a salvo. Un profesional de la hostelería me cuenta:

—Y aun así, aunque hagamos todo lo posible para que se sientan a gusto, siempre hay gente sin educación que les moles-

ta en plena comida. Para hacerse una fotografía, para pedir un autógrafo. A veces he visto a Zidane poner punto final para proteger a su mujer y a sus hijos. Siempre educado, pero firme.

Este francés de Madrid se conoce la historia al dedillo. Si la familia Zidane no puede disfrutar de una cena más o menos tranquila, no volverá. La sentencia del tribunal zidaniano es tan inmediata como implacable. A menudo tendrán que subirse a un avión o viajar varias horas por carretera para encontrarse en familia, en el campo. También es así como se solventan los problemas relacionados con la mediatización a ultranza. Mediante la esquivia y la huida preventiva.

Véronique no había previsto todo ese follón. Conoció a Zinedine antes de que fuera Zizou, la estrella mundial del fútbol. Todo un privilegio para quien a veces no estaba ya en condiciones, debido a su inmenso estatus, de detectar con claridad las intenciones de los recién llegados, de las caras nuevas, a pesar de una desconfianza muy acentuada. Nada que ver con muchos jóvenes futbolistas actuales, cuya riqueza y gloria, sumadas al número de seguidores en las redes sociales, surten el efecto de un papel matamoscas al que vienen a pegarse abundantes abejas de acerado aguijón.

—Es una suerte, es una inmensa suerte haberle conocido cuando daba sus primeros pasos como jugador profesional —declarará Véronique a Isabelle Giordano en una entrevista realizada en 2001 para un documental en honor de Zidane*—. Fue un flechazo, como en un cuento de hadas, pero fue tam-

* *Zinédine Zidane. Comme dans un rêve*, caja de dos DVD, Studio Canal, 2002.

bién y desde el principio una relación honesta, una relación normal. Me casé con él, es y será para siempre el hombre de mi vida.

Y ese amor puro, ese amor desinteresado, les permitirá superar juntos, y por medio de la palabra, las turbulencias que amenazan a todas las parejas, antiguas o menos antiguas. Aun a riesgo de hacer desaparecer del horizonte a ciertos viejos amigos de Zizou a los que Véronique habrá considerado finalmente nefastos, tóxicos o simplemente malos consejeros. El verano de 2006, el del punto final a la carrera de jugador de Zinedine, el de los rumores en la prensa rosa, el de después del «topetazo» en la final del Mundial, marcará una nueva época en su relación. Para desembocar en una fusión más intensa si cabe. M., ese buen colega de Zizou, me cuenta:

—No me coge el teléfono, me acusa de ser la fuente de mentiras en la prensa. Véro ya no quiere que le vea...

Con un nudo en la garganta, al borde de las lágrimas en cada frase, relata en el otoño de 2006 el cambio radical en su relación de amistad y confianza.

—¿Tú sabes algo?

No, no sabía nada, y sobre todo no quería meterme en esas historias. A pesar del testimonio conmovedor, del grito de auxilio del amigo caído en desgracia. Véronique tenía seguramente sus motivos para hacer limpieza en el entorno de su esposo. La guapa morena un poco fría a ojos de los extraños había cerrado las fronteras. Era ella quien se disponía a administrar la jubilación de su hombre, un pensionista de treinta y cuatro años recién cumplidos. Una etapa crucial en la vida del deportista de alto nivel en la que muchos se han perdido.

Desde la adolescencia en el centro de formación y después en cada uno de sus clubes y en la Selección nacional francesa, alguien se ocupa del futbolista como si de un niño se tratase. El calendario de su vida es un calco de los ejercicios y las competiciones, el ritmo de la vida cotidiana está marcado por las decisiones del entrenador, ese padre de sustitución, ese profesor a menudo autoritario a quien conviene satisfacer para obtener el derecho de practicar su pasión. Y después, al colgar las botas, de golpe y porrazo, te quedas solo ante una agenda en blanco. Ante días que tienes que llenar tú solo, ante fines de semana en los que conviene dormir en casa. Se acabaron los viajes a la otra punta del continente para disputar un encuentro de Liga de Campeones, se acabaron las giras de tres semanas por China, Estados Unidos o Australia, se acabaron los Campeonatos de Europa y las Copas del Mundo de un mes y medio, se acabaron las separaciones que invitan a bonitos y carnales reencuentros.

En el verano de 2006, Zizou está con Véronique en todo momento de su existencia. De la cocina al salón. Todo ha cambiado. Y el amor y la paciencia de la andaluza de Rodez situarán al campeón en su nuevo universo. Será ella quien colme con besos y atenciones la desaparición de los gritos de adoración, de las salvas de aplausos y las ovaciones de los hinchas del Santiago Bernabéu.

Una para compensar a ochenta mil. Una para reinventar una vida cotidiana para dos, una vida cotidiana para seis. ¿Por medio de qué milagro? El mismo que les había unido por primera vez dos decenios atrás. La belleza, la elevación, la sublimación del cuerpo. La bailarina y el futbolista. El futbolista y la bailarina. No, Zizou no iba a ponerse a bailar al son de la música de Chai-

kovski o Philip Glass. No, Véronique no intentaría los regates y los libres directos. Y mucho menos los remates de cabeza en los saques de esquina. Su paso a dos se sincronizaría con el descubrimiento del Bikram Yoga, una práctica agotadora pero jubilosa de este arte ancestral en una sala con 40,6 grados de temperatura y un cuarenta por ciento de humedad. Cuarenta por partida doble para esos dos cuarentones en busca de dúo. Dos veces por semana en un establecimiento madrileño donde se mezclan con los demás adeptos bajo la dirección de un maestro, el matrimonio Zidane suda y sufre en un canto al movimiento. La lentitud y la calma, el dolor y el compartir les unen. Un culto al cuerpo y una búsqueda de la salud y el bienestar que los llevan también hacia otras actividades. Sala de gimnasio para ella y sus amigas, fútbol con los hijos y *jogging* en solitario para él.

—¡El deporte trae felicidad! ¡Qué bien sienta!

Zizou me lo repetía a menudo con una convicción contagiosa. Más tarde, su función de entrenador le privará de estas largas horas de trabajo consigo mismo y le hará perder algo de su masa muscular. Por falta de tiempo.

Una nueva profesión que ve la luz el lunes 4 de enero de 2016 cuando es presentado oficialmente a la prensa en una sala de recepción del Santiago Bernabéu. En julio de 2001, para su entronización como jugador madridista, ni Véronique ni los niños subieron al escenario. Demasiado estrés, demasiada emoción, demasiada espera, demasiada novedad. Quince años más tarde, para su advenimiento casi mesiánico al banquillo del primer equipo del Real Madrid, esposa e hijos acompañarán al héroe del día en cada paso, en cada sonrisa. Véronique ha elegido un vestido rojo brillante que le favorece y que contrasta con

el azul de los trajes masculinos que la rodean. Está resplandeciente en el centro de una imagen que dará la vuelta al mundo. Zidane y el Real Madrid juntos, dos nombres que son noticia en todos los rincones del planeta. Es hermosa, casi sin edad. Sonríe, no intenta disimular su orgullo cuando los *flashes* de los fotógrafos iluminan este instante de gloria familiar. Pero mantiene esa pequeña distancia discreta que durante toda su vida le habrá evitado aparecer como una chica florero de futbolista. No lo es. Y nunca lo será. Es una cuestión de clase y de educación.

La vuelvo a ver unos meses más tarde, con motivo de una exposición de fotografía en el Instituto Francés de Madrid. Philippe Bordas había seguido a Zidane en 2006 y, a petición suya, había inmortalizado sus últimas semanas como futbolista, tanto en España como en el Mundial de Alemania. Las instantáneas, inéditas hasta entonces, hacen su aparición un decenio más tarde en ese espacio dedicado a la cultura francesa y situado a dos pasos de la plaza de Colón. El descubrimiento de las fotografías por el protagonista de la exposición se hace en un marco extremadamente protegido. Mi amigo Nicolas Kassianides, entonces consejero cultural de la embajada de Francia, había organizado una visita privada y me había encomendado el contacto con Zizou. Había solicitado una sola cosa: que las personas presentes no pidieran *selfies* ni autógrafos al ya victorioso entrenador del Real Madrid. Tenía que ser sólo un momento de distensión para él. No un evento para fans. Y allí, ante mis ojos, se presenta un responsable educativo del Instituto, con la cara rebotante de felicidad y la cámara colgada del hombro. Sólo le faltan el

gorrito de turista y las sandalias con calcetines. Me echo a reír y muestro mi descontento. Sorprendido, me replica:

—Olvídate de tus precauciones, Fred. ¡Zidane no va a decir que no a un pequeño recuerdo!

—No, no va a decir que no. Pero al cabo de diez minutos ya se habrá marchado. Decepcionado por haber caído en una trampa.

Siempre cuesta hacer comprender a los admiradores, por muy simpáticos que sean, que la estrella necesita momentos de calma, momentos para ella, momentos sin representación de su éxito. Zizou me avisa por teléfono:

—Llego en un momento, voy con mi mujer.

Aparca enfrente del edificio, sale del coche alemán prestado por un patrocinador del club y me abraza. Es agradable verse fuera de los campos de fútbol y de las glaciales salas de prensa. Está radiante. Véronique me tiende la mano y me regala una bonita y auténtica sonrisa. Se siente segura. En su compañía paso la mayor parte del tiempo de visita mientras su marido recorre las fotografías con Bordas y Kassianides. Véronique hace comentarios regularmente a Zinédine.

—Mira a tu hermano. ¡Parece muy emocionado!

Las imágenes de su último partido en el Bernabéu, donde está reunida toda la familia, conmueven profundamente y hacen aflorar poderosos recuerdos. Hablamos también de sus hijos, tan pequeños en las fotografías. Véronique ha hecho saltar las barreras. Está encantadora y relajada en sus vaqueros que resaltan un tipo que roza la perfección. No me siento sospechoso, mucho menos su enemigo. Me gusta ese momento de sencillez y complicidad, efímero pero sincero. Entonces Zizou me vacila

por mi nulidad con el balón en los pies. O algo así. Reacciono de inmediato:

—Oh, sí, claro, el señor Zidane es el entrenador del gran Real Madrid, el señor Zidane ha ganado la Liga de Campeones. No tenía tantos humos cuando ocupaba el banquillo del equipo de Segunda B. ¡Claro, se le ha subido a la cabeza!

Los escasos invitados presentes en la sala, poco acostumbrados a nuestra distendida relación, muestran algunos signos de sorpresa e inquietud ante esas bromas entre nosotros. Pues sí, normalmente no se le habla así a un icono. Es evidente que Véronique capta el carácter jovial de esa conversación pero quiere subrayar el componente irreal de mi reflexión:

—Si se le hubiera subido a la cabeza, hace tiempo que lo habría dejado. ¡Ah no! ¡Eso sí que no! Ya lo sabes.

Suelta estas palabras fuertes y su simpático acento del suroeste francés las resalta más si cabe. El lunar que destaca sobre su labio superior tiembla.

—Mientras yo esté aquí, no hay riesgo de que eso le ocurra. No es marca de la casa.

Estaba convencido de ello desde hacía mucho tiempo. Pero aquellas dos frases de Véronique me hicieron entender de una vez por todas una de las funciones esenciales que ella ha desempeñado durante toda su vida junto al hombre cuyo retrato gigante se proyectó, una noche de julio de 1998, en el Arco del Triunfo de París. Otro cualquiera se habría quedado encaramado en lo alto de los Campos Elíseos. Pero Zidane no podía ser «otro cualquiera» con Véro a su lado. Salvaguarda de la megalomanía, protectora de valores eternos, continuadora de la educación recibida en el barrio marsellés de La Castellane. «El éxito es efíme-

ro, lo que pasó ayer se suele olvidar enseguida», explicará a Isabelle Giordano la mujer que ha arraigado los pies de Zidane en la arcilla de la realidad. Y que anunció en ese año 2001, como un presagio: «Más tarde todo será mejor...»

Más tarde, será el paso, sorprendente, inesperado, a la dimensión de entrenador el que le hurtará mucho tiempo de intimidad con su marido. Pero le brindará maravillosas ocasiones de compartir nuevas dichas familiares. Para empezar, cuatro meses después de su nombramiento, la conquista de la Liga de Campeones en Milán contra el Atlético de Madrid. Ante los ojos de una Véronique sentada al borde del terreno de juego. Apoyo incondicional del competidor y consuelo preparada para el fracaso. Por si acaso. Pero esa primavera de 2016, como la que siguió a Cardiff y la que después siguió a Kiev, sólo verá florecer los laureles del triunfo. Está orgullosa de su hombre y se une a él sobre el césped repleto de confetis, rodeada de sus cuatro hijos.

Los nueve meses sabáticos que Zizou inicia en el verano de 2018 después de ganar nueve trofeos en dos años y medio serán los de otro ritmo, el que Véronique sabrá imprimir también. Lo acompañará a China para una gira por escuelas de fútbol organizada por Adidas, el patrocinador personal histórico de Zizou, estará junto a él en las entregas de premios de la FIFA en Londres, y en otros eventos en los que es obligado ir bien vestido. Ella irá elegante y discreta, como siempre.

Pero Véronique le llevará a menudo a su mundo personal, el de los objetos bellos. Como en aquella visita al Museo de Artes Decorativas de París, cuando el exfutbolista viajó a la capital francesa para reparar una rodilla que chirriaba, recuerdo ruido-

so y doloroso de sus lejanas batallas en el rectángulo verde. La fotografía publicada por Zizou en las redes sociales sólo hará referencia a la colección de obras expuestas, no a la mecánica de la rótula. Véronique está ahí, recta y fiel. Aprovechando el presente pero preparada para los nuevos desafíos. Para una nueva ciudad, otro país, si así lo ordena el destino profesional de su compañero de camino. Finalmente, regresará al Real Madrid el 11 de marzo de 2019 con una pasión y un deseo renovados. Pero Véronique conoce tanto como su hombre la inestabilidad y la fragilidad de esta profesión, y la inagotable fuerza que necesitará a su lado. Sí, es ella quien finalmente se ha lanzado desde lo alto de un edificio. Sin ningún pesar. ¿Por qué? Porque sostiene la mano de Zinedine.